

LIBRO dot.com

NADJA

ANDRÉ BRETÓN

LIBRO dot.com
<http://www.librodot.com>

...Espero, en todo caso, que la presentación de una serie de observaciones, de esta índole y de la que seguirá sea adecuada para precipitar a algunos hombres a la calle, después de haberles hecho cobrar conciencia, si no de la nada, por lo menos de la grave insuficiencia de todo cálculo supuestamente riguroso sobre ellos mismos, de toda acción que exige una aplicación continuada y que ha, podido ser premeditada. El viento se lleva el menor hecho que se produce, si es verdaderamente imprevisto. Y que no se me hable, después de esto del trabajo, quiero decir del valor moral del trabajo. Me veo obligado a aceptar la idea del trabajo como necesidad material; a ese respecto, me inclino decididamente en favor de su mejor, es decir, de su más justa repartición. Que las siniestras obligaciones de la vida me lo impongan, sea; pero que se me pida que crea en él, que reverencie el mío o el de los demás, nunca. Prefiero, una vez - más, caminar durante la noche a crearme aquel que anda durante el día. De nada sirve estar vivo si es necesario trabajar. El acontecimiento del cual cada uno está en el derecho de esperar la revelación del sentido de su propia vida, ese acontecimiento que tal vez yo aún no he hallado pero por cuya senda voy, no se logra al precio del trabajo. Pero advierto que me adelanto, porque tal vez ahí está, por encima de todo, lo que a su tiempo me ha hecho comprender y lo que justifica, sin más demora, la entrada en escena de Nadja.

Por fin, la torre del Manoir d'Ango salta por los aires y una nieve de plumas, que cae de sus palomas, desciende hasta el suelo del gran patio, empedrado, poco ha, con fragmentos de tejas y ahora cubierto de verdadera sangre.

El 4 de octubre último, al final de una de estas tardes completamente ociosas y tristes, cuyo secreto de saber pasarlas yo tengo, me encontraba en la calle Lafayette. Después de haberme detenido unos minutos ante el escaparate de la librería de L'Humanité y haber comprado la última obra de Trotsky, seguí andando en dirección de la ópera. Las oficinas y talleres empezaban a vaciarse. De arriba abajo de las casas se cerraban puertas, algunas personas se estrechaban la mano en las aceras, que empezaban a bullir de animación. Sin quererlo, observaba yo los rostros, los atavíos ridículos, el modo de andar de la gente. Vaya - pensaba - , no eran éstos los que estarían dispuestos a hacer la Revolución. Acababa de cruzar una plaza cuyo nombre he olvidado o ignoro, allí, delante de una iglesia. De repente, cuando ella se encontraba a unos diez pasos de distancia de mí, andando en dirección inversa a la mía, veo a una joven, muy pobremente vestida, y ella también me ve ó me ha visto. Camina con la cabeza levantada, contrariamente a todos los demás transeúntes. Es tan frágil que diríase que, al andar, apenas roza el suelo con los pies. Una imperceptible sonrisa aflora tal vez en su rostro. Va maquillada de una manera extraña, como si, tras haber empezado por los ojos, no hubiera tenido tiempo de terminar de arreglarse; pero los bordes están muy cargados de negro para una rubia. Los bordes, no los párpados (tal brillo sólo se obtiene si se pasa con cuidado el lápiz bajo los párpados. Es interesante decir, a ese respecto, que Blanche Derval, en el papel de Solange, incluso vista muy de cerca, no parecía haberse maquillado. ¿Hay que manifestar que lo que es apenas permitido en la calle pero recomendable en el teatro sólo vale para mí en tanto que trasciende lo que está prohibido en un caso y prescrito en otro? Tal vez. Nunca había visto unos ojos como aquellos. Sin vacilar, dirijo la palabra a la desconocida, esperando, convengo en ello, lo peor. Ella sonrío, pero - muy misteriosamente y, diría yo, como con conocimiento de causa, por más que entonces no pudiese sospecharlo. Se dirige, según afirma, a una peluquería del bulevar Magenta (digo: según afirma, porque después ha reconocido que no iba a ninguna parte). Me habla con cierta insistencia de sus dificultades de

dinero, pero esto, al parecer, más bien como una excusa y para explicar la indigencia de su atavío. Nos detenemos en la terraza de un café cercano a la estación del Norte. La miro con más detenimiento. ¿Qué es lo extraordinario de aquellos ojos? ¿Qué se refleja en ellos de tristeza oscura y de luminoso orgullo a la vez? Tal es también el enigma que plantea el comienzo de confesión que, sin más, con una confianza que podría (¿o bien no podría?) ser burlada, ella me hace. En Lila, su ciudad de origen y que abandonó hace solamente dos o tres años, amó tal vez a un estudiante que estaba enamorado de ella. Un buen día, insospechadamente para él, ella decidió dejarlo, y eso "por temor a molestarlo". Fue entonces cuando ella vino a París, desde donde le ha escrito a intervalos cada vez más espaciados y sin darle nunca su dirección. Poco más o menos un año después, sin embargo, lo encontró casualmente, con gran sorpresa de ambos. Tomándole las manos, él no pudo evitar confesarle que la hallaba muy cambiada, y luego, mirando aquellas manos, se sorprendió al verlas tan cuidadas (ahora no lo están nada). Entonces, maquinalmente, ella a su vez clavó los ojos en una de las manos que tenían cogidas las suyas y no pudo reprimir un grito al darse cuenta de que los dos últimos dedos estaban inseparablemente unidos. "¡Te has herido!" Fue absolutamente necesario que el joven le mostrara su otra mano, que presentaba la misma malformación. Tras eso, ella me interroga largamente, presa de gran emoción:

- ¿Es posible? ¿Haber vivido durante tanto tiempo con un ser humano, haber tenido todas las ocasiones posibles para observarlo, haberse dedicado a descubrir sus menores particularidades físicas y de otra índole, para llegar a conocerlo tan mal, para ni siquiera haberme dado cuenta de eso! ¿Usted cree, cree de veras que el amor puede ser la causa de una cosa así? Él se enfadó mucho, y yo, ¿qué quiere usted?, me callé en seguida, pero aquellas manos... Luego dijo algo que no entendí, con una palabra cuyo sentido ignoro: "¡Qué jollín! Regresaré a Alsacia y Lorena: Sólo allí saben amar las mujeres." ¿Por qué dijo jollín? ¿Lo sabe usted?

Como es de suponer, reaccioné vivamente - No importa. Pero considero odiosas esas generalidades sobre Alsacia y Lorena; sin duda, ese individuo era un perfecto idiota... ¿Así, pues, se fue y no lo ha vuelto a ver? Tanto mejor. .

Me dice su nombre, escogido por ella misma. - Nadja, porque en ruso es el principio de la palabra esperanza, y precisamente porque es sólo el principio.

Y ahora se le ocurre preguntarme quién soy yo (en la acepción más restringida de estas palabras). Se lo digo. Luego ella se refiere otra vez a su pasado, me habla de su padre y de su madre. Se entenece con el recuerdo de aquél...

- ¡Es un hombre tan débil! Si supiera usted lo débil que ha sido siempre! Cuando era joven, ¿sabe usted?, casi nada le era negado. Sus padres eran gente acomodada. En aquella época aún no había automóviles, pero un hermoso carruaje con cochero... Sin embargo, se le esfumó todo, claro está. ¡Lo quiera tanto! Cada vez que pienso en él, que me digo hasta qué punto es débil... ¡Oh, mi madre es otra cosa! Es una buena mujer, sí, como se dice vulgarmente hablando, una buena mujer. De ninguna manera la mujer que hubiera necesitado mi padre. En casa, todo brillaba como una patena, pero él, ¿comprende usted?, no era hombre, cuando regresaba - al hogar, que le gustara verla en delantal. Aunque es verdad que encontraba una mesa servida, o que ya era hora de - que lo fuese, no hallaba en cambio lo que se llama (con una expresión irónica de avidez y un gesto divertido) una mesa adornada. Amo mucho a mi madre, y por nada del mundo quisiera apenarla. Así, cuando vine a París, llevaba una carta de recomendación para las monjas de Vaugirard. Naturalmente nunca hice uso de ella. Pero cada vez que le escribo termino mi carta con estas palabras: "Espero verte pronto", y añadí: "Si Dios quiere como dice sor.. ." Y aquí pongo un nombre cualquiera. ¡Qué contenta debe estar ella con esto! En las cartas que me

escribe, lo que más me conmueve, lo que vale por todo, es la post data. Mi madre, en efecto, tiene siempre necesidad de añadir: "Me pregunto qué puedes hacer en París." ¡Pobre madre, si supiera! Lo que Nadja hace en París, se lo pregunta, también ella misma. Sí, por la tarde, hacia las siete, le gusta hallarse en un compartimiento de segunda del tren subterráneo. La mayor parte de los viajeros son gente que ha terminado su jornada de trabajo. Nadja se sienta entre ellos, trata de sorprender en sus rostros cuáles son los motivos de sus preocupaciones. Forzosamente deben pensar en lo que acaban de dejar hasta mañana y, también, en lo que les espera esta noche, cosa que borra sus arrugas o aumenta su zozobra. Nadja mira algo en el aire y dice:

- Hay buena gente.

Más emocionado de lo que quisiera aparentar, esta vez me enfado:

- ¡Oh, no! Por otra parte, no se trata de esto. Esa gente no sabría ser interesante en la medida en que soporta el trabajo, con todas las demás miserias o sin ellas. ¿Cómo podría elevarlos esto si la rebeldía no domina en ellos? En este momento, por lo demás, usted los ve, pero ellos, no la ven. Odio con todas mis fuerzas esta servidumbre que se me quiere encarecer. Compadezco al hombre que está condenarlo a ella, que no puede substraerse en general a su imperio, pero no es la dureza de su agobio lo que me dispone en su favor: es y no podría ser más que el vigor de su protesta. Sé que en el horno de una fábrica o delante de una de estas inexorables máquinas que imponen durante todo el día, con intervalos de algunos segundos, la repetición del mismo gesto, o en cualquier otra parte bajo las órdenes menos aceptables, o en la celda de una cárcel, o ante un pelotón de ejecución, uno puede aún sentirse libre, pero no es el martirio que se sufre lo que crea esta libertad: Dicha libertad es, y así deseo que sea, un desencadenamiento perpetuo. Más para que este desencadenamiento sea posible, constantemente posible, es preciso que las cadenas no nos aplasten, como es el caso con mucha de la gente a que usted se ha referido. Pero esta libertad es también, y tal vez humanamente miro más, la más o menos larga pero maravillosa continuación de pasos que le están permitidos dar al hombre desencadenado. ¿Cree usted que son capaces de dar estos pasos? ¿Tienen tiempo o valor de darlos, por otra parte? Buena gente, dice usted. Sí, buena gente, como todos los que se hacen matar en la guerra, ¿no es verdad? No hablemos de los héroes: muchos desgraciados y algunos pobres idiotas. En cuanto a mí, lo confieso, estos pasos lo son todo. La verdadera pregunta es: ¿a dónde van? acaban por trazar una ruta, y en ella, quién sabe si no se presentará el medio de desencadenar o de ayudar a desencadenarse a los que no han podido seguir. Es entonces cuando será conveniente demorarse un poco, aunque sin volver atrás.

Se advierte bastante claramente lo que puedo decir sobre este tema por poco que ose enfocarlo de una manera concreta. Nadja me escucha y no trata de contradecirme. Tal vez, lo menos que ha querido hacer es la apología del trabajo. Acaba de hablarme de su salud, que es muy delicada. El médico que ha consultado y que había escogido a costa de todo el dinero que le quedaba un médico en el cual pudiera confiar, le ha prescrito que se marche inmediatamente a Mont - Dore. Esta idea le encanta, precisamente por lo que, tiene de irrealizable. Pero está persuadida de que un trabajo manual seguido supliría de alguna manera la cura que no puede hacer. Con esta confianza, ha buscado emplearse en una panadería, y hasta en una tocinería, donde, como ella juzga de una manera puramente poética, le parece que hay más garantías que en otra parte de que le pruebe. En todas partes le han ofrecido sueldos irrisorios. Ha ocurrido también que, antes de darle una respuesta, la han mirarlo un par de veces. El dueño de una panadería, que le ofrecía diecisiete francos diarios, tras haberla mirado otra vez, dijo: "Diecisiete o dieciocho." Y Nadja, con donaire: "Le dije: diecisiete, sí; dieciocho, no."

Ahora vamos por una calleja, la del Faubourg Poissonnière, creo. En torno a nosotros, la gente se

apresura, es la hora de cenar. Quiero despedirme. Nadja me pregunta quién me espera.

- Mi mujer - contesto.

- ¡Casado! ¡Oh, entonces!. - exclama, y, en un tono muy grave, muy meditabundo, prosigue: - Tanto peor. Pero... ¿y esta gran idea? Había empezado a verla perfilarse hace poco. Era verdaderamente una estrella, una estrella hacia la cual usted se dirigía. No puede dejar de ir a su encuentro. Mientras escuchaba sus palabras, sentía que nada le impediría llegar hasta la estrella.: nada, ni siquiera yo... Nunca podrá usted ver esta estrella como la veo yo. Usted no comprende: es como el corazón de una flor sin corazón.

Estas palabras de Nadja me conmueven hondamente. Para esparcir el ánimo, le pregunto dónde cena. Y, súbitamente, descubro esa ligereza que sólo he visto en ella, tal vez esa libertad precisamente, mientras señala con el dedo hacia los dos restaurantes más cercanos y dice:

- ¿Dónde? Pues allí, o allá, según donde me encuentre, ¡vaya! Siempre es así.

A punto de despedirme de ella, quiero hacerle una pregunta que resuma todas las demás, una pregunta que sólo yo puedo hacer, sin duda, pero que por lo menos una vez, ha recibirlo una respuesta de altura:

- ¿Quién es usted? ' Y ella, sin vacilar, contesta:

- Soy el alma errante.

Convenimos en encontrarnos al día siguiente en el bar que está en la esquina formada por la calle Lafayette y la del Faubourg - Poissonnière. A Nadja le gustaría leer uno o dos libros míos, y se empeña en ello tanto más cuanto que yo pongo en duda el interés que mis obras puedan tener para ella. La vida y lo que se escribe son dos cosas distintas. Luego ella me retiene todavía algunos instantes para decirme qué es lo que la conmueve en mí. Parece que es la simplicidad que descubre en mi pensamiento, en mi lenguaje y en toda mi manera de ser, y éste es uno de los halagos al que en mi vida he sido más sensible.

5 de octubre. Nadja, qué llegó con antelación, antes que yo, no parece la misma. Viste con bastante elegancia, toda de negro y rojo, va tocada, con un sombrero que le sienta muy bien; se lo quita y quedan al descubierto sus cabellos color de avena que han renunciado a su increíble desorden, medias de seda y zapatos en buen estado, contrariamente a los que llevaba ayer. Pero la conversación se ha hecho más difícil y, por su parte, no sin algún túbeteo, hasta que coge los libros que yo he traído: Los usos perdidos y el Manifiesto del Surrealismo.

- ¿Los pasos perdidos? Pero si no los hay... Hojea el libro con gran curiosidad. Su atención se fija en un poema de Jarry que se cita en la obra!

- *Entre los brezos, pubis de los menhires...*

Lejos de disgustarla, este poema, que lee una vez bastante de prisa y luego despacio, parece conmoverla vivamente. Al final de la segunda cuarteta, sus ojos se humedecen y se llenan con la visión de un bosque. Ve al poeta pasar junto a ese bosque y se diría que puede seguirlo a distancia.

- *No, da vueltas en torno al bosque. No puede entrar, no entra.*

Luego ella lo pierde de vista y vuelve al poema, un poco más arriba del punto donde - lo había interrumpido, interrogando a las palabras que la sorprenden más, dando a cada una el signo de inteligencia, de asentimiento exacto que exige.

- *Aleja de su acero a la marta y al armiño.*

¿De su acero? A la marta... y al armiño. Sí, veo: las yacijas cortantes, las frías aguas - de los ríos! De su acero. Y un poco más abajo:

- *Comiendo el zumbido de los abejorros, C'havann...*

Nadja cierra el libro, asustada, y dice:

- ¡Oh! ¡Eso es la muerte!

La relación de colores que se establece entre las cubiertas de los dos volúmenes - la sorprende y seduce. Parece que "va" conmigo. Seguramente lo he hecho adrede (un poco). Luego ella me habla de dos amigos que tuvo. Uno de ellos, a su llegada a París; y lo designa habitualmente bajo el nombre de "gran amigo". Así lo llamaba, y él quiso siempre que ella ignorase quién era. Tiene todavía para él una inmensa veneración. Era un hombre que frisaba en los setenta y cinco años y había vivido mucho tiempo en las colonias. Al partir, le dijo que regresaba al Senegal. El otro, un norte americano, parece haberle inspirado encontrados sentimientos.

- Y, además - dice Nadja - , me llamaba Lena, en recuerdo de su hija muerta. Es - muy cariñoso, muy conmovedor, ¿verdad? Sin embargo, yo no podía soportar que, como soñando, me llamara así: "Lena, Lena..." Entonces le pasaba algunas veces la mano por delante de los ojos, muy cerca, así, y le decía: "No, no soy Lena, sino Nadja." Salimos. Ella sigue hablando:

- Veo su casa. Su mujer. Es morena, naturalmente. Bajita. Linda. ¡Oh, hay un perro cerca de ella! Y tal vez también, pero en otra parte, un gato (exacto). Ahora no veo nada más.

Me dispongo a regresar a mi casa. Nadja me acompaña en el taxi. Permanecemos silenciosos durante un rato; luego, bruscamente; me empieza a tutear:

- Un juego. Di algo. Cierra los ojos y di algo. Lo que sea: una cifra, un nombre de pila. Así (cierra los ojos) Dos... ¿Dos qué? Dos mujeres ¿Cómo son esas dos mujeres? Vestidas de negro. , ¿Dónde están? En un parque...Y luego, ¿qué hacen? ¡Vamos, es muy fácil!) ¿Por qué no quieres jugar? Bueno, yo me hablo a mí misma de esta manera cuando estoy sola, y me cuento toda suerte de historias. Y no solamente historias fútiles. Vivo enteramente de esta manera. (¿No se llega aquí al último extremo, de la aspiración - surrealista, a su máxima idea límite?)

Me separo de ella delante de mi casa. "¿Y yo, ahora...? ¿A dónde ir? Pero es tan sencillo bajar lentamente hacia la calle Lafayette y el Faubourg - . Poissonnière, empezar el regreso hacia el lugar donde habíamos estado".

6 - de octubre Para no tener que callejear demasiado, salgo más o menos a las cuatro, con la intención de dirigirme a pie hasta la Nouvelle France, donde Nadja estará a las cinco y media. Me alcanza el tiempo para dar una vuelta por los bulevares hasta la ópera, donde he de despachar un breve asunto. Contra mi costumbre, anclo por la acera derecha de la calle Chaussée - d'Antin. Una de las primeras pasantes con quien me cruzo es Nadja, con el aspecto del primer día. Se acerca como si no deseara verme. Como el primer día, vuelvo sobre mis pasos con ella. Nadja se muestra incapaz de explicar su presencia en aquella calle, donde, dice, para atajar otras preguntas, está buscando bombones holandeses. Sin pensarlo, damos media vuelta y entramos en el primer café que encontramos. Nadja trata de guardar conmigo ciertas distancias, incluso se muestra suspicaz. Por eso se apodera de mi sombrero y mira en la parte del forro, para leer las iniciales, aunque afirma que lo hace maquinalmente, siguiendo su costumbre de determinar la nacionalidad de algunos hombres sin que ellos se den cuenta. Me confiesa que tenía la intención de no acudir a la cita que yo le había dado. Al encontrarla he observado que llevaba en la mano el ejemplar de *Los pasos* que yo le había prestado. Ahora el libro está sobre la mesa y, al mirarlo, advierto que sólo tiene cortadas algunas páginas, las que corresponden al artículo titulado *El espíritu nuevo*, donde se relata precisamente un encuentro sorprendente, hecho un día, con algunos minutos de intervalo por Louis Aragon, André Derain y yo. La indicación de que cada uno de nosotros había dado prueba en aquella circunstancia, la confusión en que algunos minutos más tarde, sentados a la misma mesa, nos encontrábamos para comprender lo que nos acababa de ocurrir, la irresistible llamada que nos llevó, a Aragón y a mí, a regresar a los mismos lugares donde se nos había aparecido aquella verdadera esfinge bajo los rasgos de una encantadora mujer que iba de una

acera a otra para interrogar a los transeúntes, aquella esfinge que nos había esquivado uno tras otro y, yendo en su busca, correr a lo largo de todas las líneas que, aun muy caprichosamente, pueden unir esos puntos, la falta de resultados de esta persecución que, a causa del tiempo transcurrido, hubiera debido considerarse sin esperanza, es a esto a lo que Nadja ha ido en seguida. Está sorprendida y decepcionada ante el hecho de que el relato de los breves acontecimientos de ese día no me haya parecido digno de algunos comentarios. Me insta a que me explique sobre el sentido exacto que atribuyo al relato y, puesto que lo he publicado, sobre el grado de objetividad que le concedo. Debo contestar que nada sé de eso, que en tal dominio, creo yo, el derecho de verificar es lo único que está permitido, que yo he sido la primera víctima de este abuso de confianza, si hay tal. Pero claramente advierto que no se ha quedado convencida: leo la impaciencia en su mirada y, luego, la consternación. Tal vez se imagina que miento. Un gran desasosiego continúa haciendo presa en ambos. Cuando ella expresa el deseo de regresar, me ofrezco a acompañarla. Nadja da al chofer la dirección del Teatro de las Artes, el cual, dice, se encuentra a unos pocos pasos de la casa donde vive. Por el camino, me mira largamente, en Silencio. Luego sus ojos se cierran y abren muy de prisa, como cuando uno se encuentra en presencia de alguien a quien no ha visto desde hace mucho tiempo, o que no esperaba volver a ver, y también para expresar que no se da crédito a lo que ven. Cierta lucha parece, entablarse en ella, pero de pronto cesa, cierra completamente los ojos, ofrece sus labios. Nadja me habla ahora del poder que ejerzo sobre ella, de la facultad que tengo de hacerle pensar y hacer lo que quiero, tal vez más de lo que yo creo desear. Me suplica que no emprenda nada contra ella utilizando este medio. Cree que nunca ha tenido secretos para mí, incluso mucho antes de conocerme. Una corta escena dialogada que se encuentra al final de *Poisson soluble*, y que parece ser todo lo que ha leído hasta ahora del *Manifiesto*, escena a la cual, por otra parte, nunca he sabido atribuir un sentido preciso y cuyos personajes me son extraños, su agitación todo lo irrepresentable que es posible imaginar, como si hubiesen sido traídos y llevados por una ola arenosa, le dio la impresión de haber participado verdaderamente en la representación o incluso de haber interpretado el papel, por lo menos oscuro, de Hélène

(No he conocido personalmente a ninguna mujer con este nombre, que siempre me ha disgustado y parecido insulso, de la misma manera que el de Solange me ha agradado. Sin embargo, Mme Sacco, vidente, con domicilio en la calle des Usines, N° 3, quien nunca se ha equivocado respecto a mí, me aseguró, a principios de este año, que mi pensamiento estaba muy ocupado con, una "Hélène". ¿Es por eso por lo que, algún tiempo después, me interesé vivamente en todo lo que concierne a Hélène Smith. La conclusión a sacar de ello sería del mismo orden de la que me ha impuesto anteriormente la fusión, en un sueño de dos imágenes muy alejadas una de otra. "Hélène soy yo", decía Nadja.

El lugar, la atmósfera, las respectivas actitudes de los actores eran lo que yo había concebido. Ella desearía mostrarme "dónde pasaba esto". Le propongo que cenemos juntos. Cierta confusión debe de haberse establecido en su espíritu, porque nos hace conducir no a la isla de Saint - Louis, como ella cree, sino a la plaza Delfina, donde se sitúa, cosa rara, otro episodio de *Poisson soluble*. "Se olvida tan pronto un beso." (Esta plaza Delfina es uno de los lugares más profundamente apartados que conozco, uno de los peores terrenos baldíos que hay en París. Cada vez que me he encontrado allí me he sentido presa poco a poco del deseo de ir a otra parte, y me ha sido necesario argumentar conmigo mismo para zafarme de un abrazo demasiado dulce, demasiado agradablemente insistente y, bien considerado todo, triturador. Además, he vivido algún tiempo en un hotel situado cerca de esta plaza, el City Hotel, donde las entradas y salidas a toda hora, para quien no se da por satisfecho con soluciones demasiado sencillas, son

sospechosas. Muere el día. Para poder estar solos, nos hacemos servir fuera por el tabernero. Por primera vez, durante la cena, Nadja se muestra bastante frívola. Un borracho no cesa de dar vueltas en torno a nuestra mesa. Pronuncia, en voz muy alta, en un tono de protesta, palabras incoherentes. En sus frases se repiten muy a menudo una o dos palabras obscenas. Su mujer, que lo vigila desde bajo los árboles, se limita a gritarle de vez en cuando: "¡Eh! ¿Vienes?" Trato, una y otra vez, de alejarlo, pero sin resultado. A los postres, Nadja empieza a mirar en torno suyo. Tiene la seguridad de que bajo sus pies pasa un subterráneo que viene del Palacio de Justicia (me señala de qué parte del Palacio, un poco a la derecha de la blanca escalinata) y rodea el Hotel Enrique IV. Se inquieta ante la idea de lo que ya ha sucedido y de lo que todavía ocurrirá en ese lugar. Allí donde, en la sombra, se confunden dos o tres parejas, a ella le parece distinguir una multitud. "¡Y los muertos, los muertos!" El borracho sigue con sus chanzas lúgubres. La mirada de Nadja recorre ahora las casas.

- ¡Mira, allí ...! ¿No ves aquella ventana? Es negra, como las otras. Mira bien. Dentro de un minuto se iluminará. Será roja.

Transcurre un minuto. La ventana se ilumina. Se ven, en efecto, cortinas rojas. (Lamento, pero nada puedo hacer, que esto acaso trascienda los límites de la credulidad. Sin embargo, me guardaré de tomar partido sobre este asunto: me limito a convenir en que de negra, aquella cortina, pasó a roja, y eso es todo.) Confieso que aquí el miedo me invade, como invade también a Nadja.

- ¡Qué horror! ¿No ves lo que pasa en los árboles? El azul y el viento, el viento azul. Una sola vez había visto en esos mismos árboles pasar ese viento azul. Era allí, en una ventana del Hotel Enrique IV (el cual se encuentra frente a la casa que acaba de mencionarse, y, esto reza para los aficionados a las soluciones fáciles) y mi amigo, el segundo, de quien te hablé, iba a partir. Había también una voz que decía: "Morirás, morirás." Yo no quería morir, pero experimentaba tal vértigo... Seguramente hubiera caído si no me hubiesen sostenido.

Creo que ya es tiempo de abandonar estos lugares. A lo largo de los muelles, noto que toda ella tiembla. Es ella quien ha querido regresar hacia la Conciergerie. Se abandona, está muy segura de mí. Sin embargo, busca algo, se empeña en que entremos en un patio, un patio de comisaría cualquiera, que explora rápidamente.

- No es allí... Pero, dime, ¿por qué has de ser encarcelado? ¿Qué habrás hecho? Yo también he estado en la cárcel ¿Quién era yo? Hace siglos. Y tú, entonces, ¿quién eras?

Pasamos de nuevo a lo largo de la verja, cuando de pronto Nadja se niega a ir más lejos. Hay allí, a la derecha, dando a una zanja, una ventana baja de la que no puede apartar los ojos. Es delante de esta ventana de aspecto condenado donde es absolutamente necesario esperar, ella lo sabe. De allí puede venir todo. Es allí donde todo comienza. Se agarra a la reja con ambas manos para que no la arrastre conmigo. Casi no contesta a mis preguntas. Fatigado, me resigno a esperar que prosiga su camino por propia voluntad. La idea del subterráneo no la ha abandonado y seguramente cree encontrarse en una de sus salidas. Se pregunta quién ha podido ser ella en el círculo de relaciones de María Antonieta. El ruido de los pasos de los transeúntes la hacen estremecer largo rato. Inquieto, logro despegarle las manos de la reja, una tras otra, y acabo por obligarla a que me siga. Con todo eso, ha transcurrido más de media hora. Después de haber atravesado el puente, nos dirigimos hacia el Louvre. Nadja está constantemente distraída. Para atraérmela, le recito un poema de Baudelaire, pero las inflexiones de mi voz le causan un nuevo pavor, agudizado por el recuerdo que tiene del beso de hace un rato: "un beso en el que hay una amenaza." Nadja se detiene otra vez, se acoda en la baranda de piedra, desde donde nuestras miradas se hunden en el río, que en aquella hora centellea de luces.

- Esa mano, esa mano sobre el Sena; ¿Por qué está allí esa mano que llamea sobre el agua? Es verdad que el fuego y el agua son la misma cosa. Pero ¿qué significa esa mano? ¿Cómo la interpretas tú? Déjame ver esa mano. Por qué quieres que nos vayamos? ¿Qué temes? Crees que estoy muy enferma, ¿verdad? No estoy enferma. ¿Pero qué significa eso para ti: el fuego y el agua, una mano de fuego sobre el agua? (Bromeando.) Con toda seguridad, no es la fortuna: el fuego y el agua son la misma cosa; el fuego y el oro son cosas muy distintas.'

Cerca de medianoche llegamos a las Tullerías, donde ella desea sentarse durante unos momentos. Nos encontramos delante de un surtidor del que ella parece mirar la curva de la caída del agua.

- Son tus pensamientos y los míos. Mira de dónde surgen todos, hasta dónde se elevan - y como es más hermoso todavía cuando caen. Y luego se deshacen en seguida, son rescatados con la misma fuerza y de nuevo viene esa ascensión quebrada, esa caída... - ¡Pero, Nadja, qué extraño es eso! - exclamo - ¿De dónde sacas precisamente esta imagen que está expresada casi de la misma manera en una obra que no puedes conocer y que yo acabo de leer?

Y me lanzo a explicar que esta imagen es el tema de una viñeta impresa al principio del tercero de los *Diálogos entre Hylas y Filonus*, de Berkeley, edición del año 1750, con el siguiente epígrafe: Urget aquas vis sursum eadem, flectit que deorsum, que cobra al final del libro, desde el punto de vista de la actitud idealista, un significado capital. Pero ella no me escucha, toda su atención está fija en los manejos de un hombre que pasa varias veces por delante de nosotros, un hombre que cree conocer, porque no es la primera vez que ella se encuentra en aquel jardín a tal hora. Aquel hombre, si se trata del mismo, le ha ofrecido casarse con ella. Esto la lleva a pensar en su hijita, una niña de cuya existencia me ha informado tomando mil precauciones, y que adora, sobre todo porque es tan diferente de las otras niñas, "con esta idea de sacar siempre los ojos de las muñecas para ver qué hay detrás." Ella sabe que atrae siempre a los niños; dondequiera que se encuentre, tienden a agruparse a su alrededor, a acercársele para sonreírle. Ahora habla como si lo hiciera sólo para ella misma; lo que dice no me interesa igualmente, tiene vuelta la cabeza hacia el lado opuesto al mío, empiezo a sentirme fatigado. Pero aunque no he dado ninguna señal de impaciencia, dice:

- Un punto, eso es todo. De pronto, he sentido que iba a afligirte, (Se vuelve hacia mí.) Se acabó. Al salir del parque nuestros pasos nos conducen á la calle Saint - Honoré, a un bar que no ha apagado sus luces. Nadja subraya que hemos venido de la plaza Delfina al Delfín. (En el juego de la analogía, en la categoría animal yo he sido a menudo identificado con el delfín.) - Pero Nadja se alarma ante una franja de mosaico que va del mostrador al suelo y hemos de salir casi en seguida. Convenimos en no encontrarnos en la Nouvelle France sino hasta dos días después, por la noche.

7 de octubre. He sufrido una fuerte jaqueca que, tal vez sin razón, atribuyo a las emociones de esta noche y, también, al esfuerzo de atención y acomodo que he tenido que hacer. Por la mañana, además, he estado lleno de murria a causa de Nadja y me he reprochado no haberle dado cita para hoy. Estoy descontento de mí. Creo que me observo demasiado. ¿Cómo obrar de otro modo? ¿Cómo me ve ella, cómo me juzga? Es imperdonable - que continúe viéndola si no la amo. ¿No la amo? Cuando estoy cerca de ella me encuentro más cerca de las cosas que están cerca de ella. En el estado en que se halla tendrá forzosamente necesidad de mí, de una manera o de otra, de repente. Sea lo que sea lo que me pida, negárselo sería odioso, de tal manera es pura, libre de toda atadura terrestre, de tal manera está poco enraizada, - aunque maravillosamente, en la vida. Ayer temblaba, de frío tal vez. Llevaba un vestido tan ligero. Sería imperdonable también que no la tranquilizara acerca de la clase de interés que me inspira, que no la persuadiera de que no puede ser para mí un objeto de curiosidad, de capricho, como podría creer ella. ¿Qué hacer,

mientras tanto, si no la veo? ¿Y si no volviera a verla jamás? No sabría nada más. Habría, pues, merecido no saber más. Y esto no volvería a encontrarse nunca. Puede haber ahí esas falsas anunciaciones, esas gracias de un día, verdaderos precipicios del alma, abismo, abismo donde se ha arrojada el pájaro espléndidamente triste de la adivinación. ¿Qué. puedo hacer, sino, hacia las seis, ir al bar en donde nos hemos ya encontrado? No había ninguna probabilidad de verla allí, naturalmente, a menos que... ¿Pero en este "a menos que" no reside la gran posibilidad de intervención de Nadja, mucho más allá de la ¿suerte? Salgo hacia las tres con mi mujer y una amiga; en el taxi hablamos de ella, como habíamos hecho durante la comida. De pronto, aunque no pongo ninguna atención en los transeúntes, no sé qué fugaz mancha, en la acera de la izquierda, a la entrada de la calle Saint - Georges, me hace golpear casi maquinalmente el cristal. Es como si Nadja acabara de pasar. Corro, a la ventura, en una de las direcciones que ha podido tomar. Es ella, en efecto, que se ha detenido para hablar con un hombre que, me parece, la acompañaba hace un momento. Se despide de él rápidamente para reunirse conmigo. En el café, la conversación se traba mal. He aquí que la he encontrado dos días consecutivos - es evidente que ella está a mi merced. Dicho esto, se muestra muy reticente. Su situación material es completamente desesperada, ya que, para tenerla suerte de mejorarla, le sería preciso no conocerme. Me hace tocar su vestido, para que compruebe su consistencia, "pero esto en detrimento de toda otra calidad." No es posible aumentar sus deudas, y está expuesta a las amenazas del dueño del hotel donde se hospeda y a sus horribles proposiciones. No hace ningún misterio del medio que emplearía, si yo no existiera, para procurarse dinero, aunque ni siquiera tiene la suma necesaria para ir a la peluquería y luego dirigirse al Claridge, donde fatalmente...

- ¡Qué quieres - me dice, riendo - , el dinero huye de mí! Por otra parte, todo está perdido ahora. Una sola vez me encontré en posesión de veinticinco mil francos, que me dejó mi amigo. Me aseguraron que en algunos días me sería muy fácil triplicar esta suma, a condición de ir a cambiarla en La Haya por cocaína. Me entregaron treinta y cinco mil francos más, destinados a lo mismo. Todo había ido bien. Dos días después llevaba dos kilos de la droga en mi bolso. El viaje se efectuaba en las mejores condiciones. Sin embargo, al apearme del tren., una voz interior me dijo: "No pasarás." Apenas me hallo en el andén, un caballero desconocido se me acerca. "Perdone - me dice - , ¿tengo el honor de hablar con la señorita D...?" "Sí - contesto - , pero excúseme, no sé..." "No tiene importancia. Vea mi tarjeta." Y me lleva a la delegación de policía, donde me preguntan qué llevo en el bolso. Lo confieso, naturalmente, al tiempo que lo abro ¡Vean! Me soltaron el mismo día, después de la intervención de un amigo, abogado o juez, llamado G. No me preguntaron nada más, y yo, como estaba tan agitada, olvidé decirles que no todo estaba en mi bolso, que debía buscarse bajo la cinta de mi sombrero. Pero lo que hubiesen encontrado allí no valía la pena. Lo guardé para mí. Te juro que terminó hace mucho tiempo.

Nadja tiene ahora en su mano una carta estrujada, que. me muestra. Ha sido escrita por un hombre que encontró un domingo a la salida del Théâtre - Français. Sin duda, dice ella, debe ser un empleado, porque ha tardado algunos días en escribirle y no lo ha hecho antes de principiar el mes.

Ella podría telefonarle ahora mismo, a ése o a otro, pero no se decide - a hacerlo. Es demasiado cierto que el dinero huye de ella. Le pregunto qué cantidad necesita. Quinientos francos. Como no los llevo encima, me ofrezco a dárselos mañana. Toda la inquietud de Nadja se desvanece. Gozo una vez más de esa mezcla adorable de ligereza y fervor. Con respeto beso sus hermosísimos dientes, y entonces, lentamente, gravemente, la segunda vez en un tono más alto que la primera: "La comunión se realiza en silencio." Es, me explica, que este beso la deja bajo la impresión de algo sagrado en que sus dientes "reemplazaban a la hostia".

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

